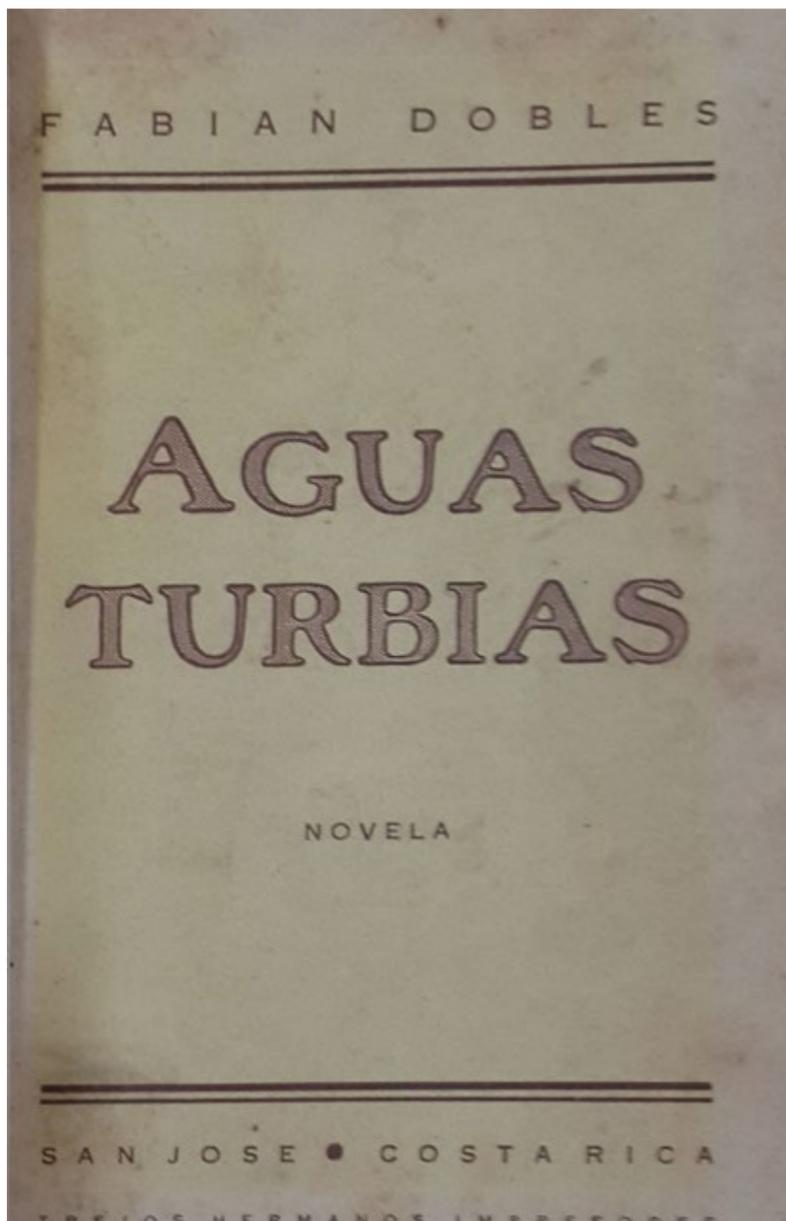


Fabián Dobles



Con esta su segunda novela se afianza el valor literario de Fabián Dobles.

Pudiera decirse que Aguas turbias es el segundo tomo de aquel sugestivo relato con el que Dobles se inició en la actividad artística: Ese que llaman pueblo.

Porque almas, de recia raigambre popular, asoman sus esperanzas y sus desconsuelos en esta obra que juzgo, como la anterior, de indiscutible influencia en la novela costarricense.

Dos vidas que se entrecruzan en el momento mismo en el que menos lo esperan. La de Juan Ramón López, el que está convencido de que las cosas y los hechos en este mundo no son tan sencillos como lo aparentan ser. La de Ninfa Ledezma, la moza probada de inseguridad en el paso y en las palabras, pero no en las ideas ni en las acciones.

Dolor en el sendero que recorre Juan Ramón. Melancolía en la vereda por la que Ninfa discurre sus momentos. Pareciera que, en el destino de ambos, hubiera un signo que no es de misericordia. A pesar de lo áspero de las propias vidas, los dos saturan sus amas de esa fe que alienta en lo íntimo de nuestras gentes de campo.

Se sienten buenos a pesar de que las contrariedades de la existencia traten, en todo momento, de despertar la angustia vengadora, cuando no la indiferencia que sin arma, asesina.

Aliado de ellos, la figura deliciosamente delineada de aquella madre de los dolores y de la seguridad, dona Rafaela.

El amor trata de adornar la casa solariega como sabe embellecer las almas que a su alero protector han querido acogerse. Ese mismo amor despierta, en el mancebo, la voluntad que parecía perdida; la voluntad apocada hasta entonces que va siempre en demanda de un apoyo, en solicitud de alguien que la sostenga.

Aquel amor, como todos los amores sinceros, es una reconciliación. López vuelve los ojos hacia la tierra olvidada. En los surcos que su voluntad va abriendo, esa misma tierra como siempre agradecida le retorna los esfuerzos convertidos en promesas de bienestar. Se ha convencido de que sembrar es generoso; semillas, hijos, anhelos, ideas.

Aun cuando no puede librarse de una sensación rara de temor frente a lo oscuro, a lo ciego a lo que no comprende, Ramón no es fatalista. No acepta que Dios sea quien, a veces, lo castiga hiriéndolo sin descanso y Sin compasión su reclamo es contra los hombres, sus semejantes, porque lo saturan del desaliento que, fácilmente, se transforma en ira callada a la que nunca le da a salida.

Hay honda filosofía en el desarrollo de la novela; especialmente en el pasaje que parece explicar el título, acierto Indiscutible.

El fondo de las personas y de las sociedades es como un depósito de agua, que a veces parece turbia porque ha sido agitada. La tierra, que en ella está suspensa, hace opaca todas y cada una de las gotas. Basta dejarla en reposo para que, en ella, se refleje en toda su pureza el azul magnífico de los cielos.

Los personajes, todos sin excepción, despiertan las más amplias simpatías. El novelista ha puesto, en cada uno de ellos, un poco de ese amor profundo que le merecen los de abajo cuya sombra, hay angustiosa, ha de convertirse, ese es su deseo y esa es su esperanza, en la promesa efectiva de una ansiada aurora social.